Reloj biológico

Ana Cynthia Guzmán Tello ORCID: 0000-0003-4264-4093
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México

El día de ayer, después de haber cortado una relación de años —no diré cuántos para no asustar a nadie— mi familia me cuestionó el motivo de haberlo hecho. A mis treinta y tantos años no podía tomar esas decisiones a la ligera; sobre todo, sin haberme casado antes y haber tenido un hijo; así me restregaban en la cara que mi reloj biológico seguía avanzando.

Ya antes había encontrado una solución para no tener que mantener una relación amorosa que concluyera en un matrimonio, bajo el argumento de no estar sola y que alguien viera por mí. La solución fue tener solvencia económica. No era una idea original, esta solución me la dio la novela *Mujercitas*, en la que una de las protagonistas debe casarse, pero ella no quiere. Para zafarse de ello, le pregunta a su tía cómo evitó el matrimonio, a lo que ella le contesta: "Soy rica". Yo tengo el suficiente dinero para que se me deje tomar mis decisiones, sin embargo, ante *el problema* de que mi reloj biológico sigue avanzando, la solución era quitarlo.

No investigué mucho del tema, es decir, las implicaciones que esto podría traer. Supuse que podrían ser las mismas que trae el quitarse el apéndice, de no poder comer mucha grasa, pero se puede seguir viviendo. No me importó, estaba decidida a quitármelo y tener un hijo cuando él me necesitara. Sí, dije, que él me necesitara para enseñarle cosas y que pueda vivir en este mundo.

Pero me estoy desviando del tema principal, que es cómo me quité el reloj biológico. Como ya lo comenté, no investigué sobre el tema, sólo utilicé un estetoscopio que era de mi padre. Sí, mi padre era médico, y aclaro que yo no tengo conocimientos médicos; me guie por mi intuición, puse ese aparato en diferentes partes del cuerpo y busqué un sonido parecido al de un reloj. Cuando lo puse cerca del ombligo escuché un *tic-tac* muy fuerte, traté de meter los dedos en mi ombligo para sacar lo que yo creí que era mi reloj biológico. No pude. Así que puse el aparato cerca de mi vagina, ya que pensé que, si el reloj biológico tenía que ver con tener o no un hijo, entonces podría encontrarlo ahí. Lo hice y *¡eureka!*, el sonido era más fuerte, metí mis manos hasta encontrarlo y arranqué el reloj biológico.

Imaginé que saldría sangre y que me dolería, por eso lo hice en la tina del baño, y tenía marcado en mi celular el número 911 para hacer la llamada por si necesitaba una ambulancia, pero no, parecía que mi reloj biológico también quería salir.

Ustedes se preguntarán cómo sé que lo extirpado era el reloj biológico. Lo sé porque ya no sonaba un *tic-tac* dentro de mí, ahora sólo oía un *bum-bum*, lo cual implicaba que sí me había arrancado el reloj biológico y no el corazón.

Es difícil describir mi reloj biológico, creo que nunca había visto algo así.

Y lo que me preocupaba no era cómo se veía, sino qué haría con él. Enterrarlo no era una opción porque no quería darle a la tierra otro reloj biológico; tampoco podía tirarlo al mar porque no es un basurero y no sabía si volvería a utilizarlo; entonces, decidí ponerlo en un vaso con agua.

Ese día no noté algo inusual en mí por haberme sacado el reloj biológico; sin embargo, tenía que asegurarme de que todo estuviera bien. Me hice un chequeo médico general, sin decir por qué me lo hacía, el cual salió bien. Incluso fui con mi ginecóloga, a quien le pedí que me hiciera un ultrasonido y encontró todo normal; pero me miraba y me miraba como queriendo preguntar algo. No se atrevió. Lo mismo me pasó con mi madre, me miraba como tratando de descifrar algo, tampoco lo hizo.

Pasaron los días, las semanas, los meses, las estaciones del año, hasta llegar a mi cumpleaños, y yo no veía nada raro o nuevo en mí; seguían

creciendo mis canas, continuaban apareciendo mis arrugas, el tiempo no se detuvo y yo no quería que se detuviera, sólo quería darle vacaciones a mi reloj biológico, el cual tampoco tuvo cambios, seguía igual que cuando lo extirpé. Considero que él entendió y agradeció. Lo digo por la forma tan rápida en que se dejó encontrar y arrancar. Era momento de separarnos, y tal vez algún día regresaría a su sitio. ¡Si es que logro encontrar de nuevo ese sitio!